

FAN
XIX
70



FAN
XIX
70

MAY 10 1895

AT 10 AM

Left for

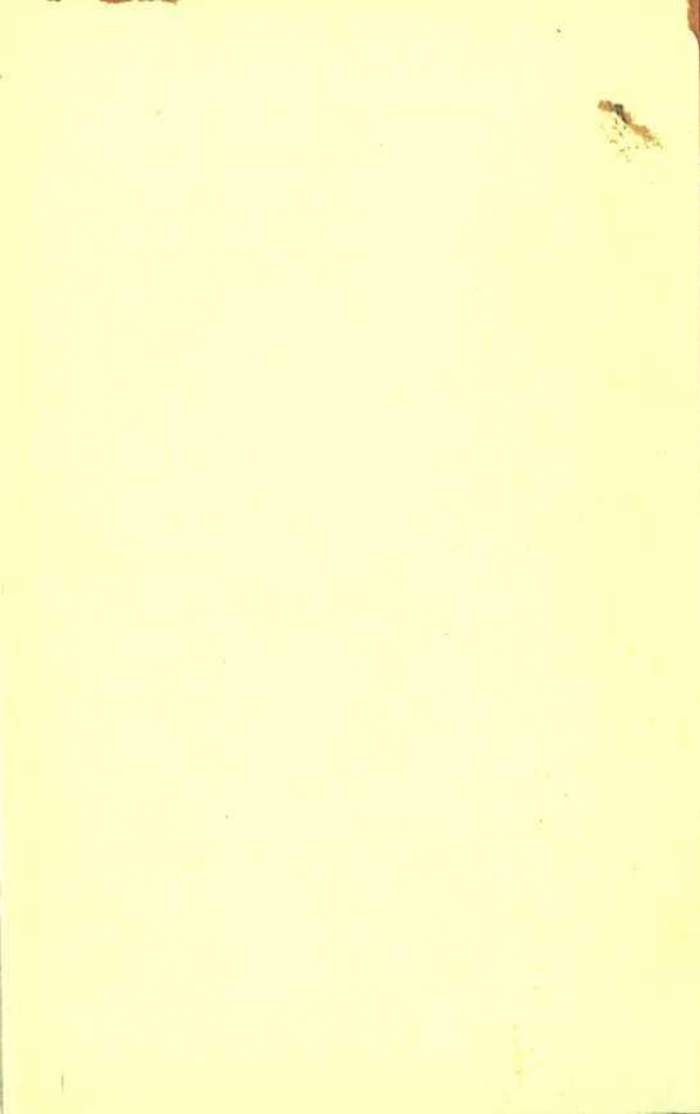
the

the

the

the

the



MÁLAGA.

FAN
XIX
70

TIPOS

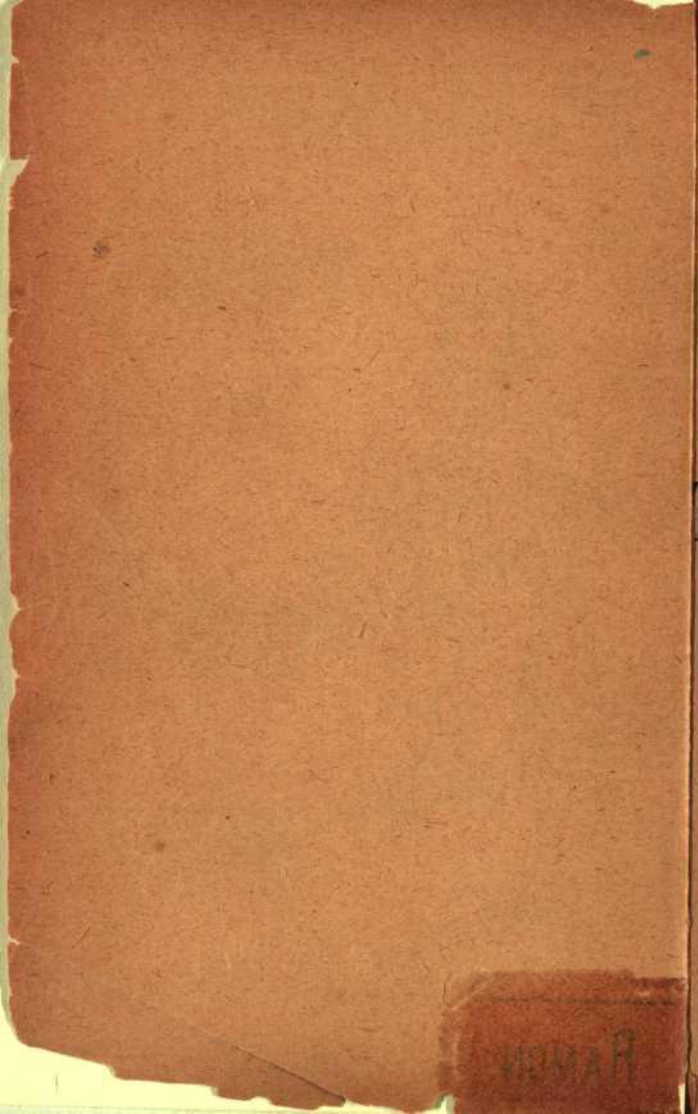
Y

COSTUMBRES.

POR

R. 55.949

RAMÓN A. URBANO.



TIPOS Y COSTUMBRES POPULARES

(BOCETOS)



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

TIPOS Y COSTUMBRES POPULARES

¡Á PELAR LA PEZUÑA!



VEAMOS el almanaque: Enero 17. San Antonio Abad.

Como... lo que tiene á los piés

San Anton es un cochino,

segun el decir de las gentes, los malagueños en el dia de S. Anton acuden á la caleta para pelar la pezuña del tal cerdo.

—¡A la caleta! ¡A la caleta! Esa es la voz general.

Y si por casualidad no se cumple el refrancillo malagueño de que

San Anton

viejo y.....

mete á las niñas en un rincon;

es decir, si hace buen dia, si el cielo luce esplendente y el sol picado por la curiosidad no se oculta, para ver las escenas de la caleta, entonces... ¡vaya al pelo! todito el

mundo vá á los ventorrillos, ó á la orilla del mar á divertirse.

Rodando por el arrecife del muelle, ¡cuantos coches! Una carretela vá cargada de hombres, colocados en monton. Llevan los trages de *cristianar*, y en la boca el coracero de á 10 céntimos. El *rippert* conduce tambien á una porcion de caleteros.

¡Cuanta bulla!

En la caleta, el panorama no puede ser mas alegre. Aquí una improvisada barraca con su letrero que dice: «Se BeNde cho-riso y Mansaniya». Allá un grupo de hombres y mugeres asentados sobre la arena, disponiéndose al jolgorio. Acullá el avellanero que grita, y el vendedor de espetones, que aviva la hoguera.

El ventorrillo de Domingo, y el de Flores, y el de la *Perra*, y el del Zocato y... otros más, son insuficientes á contener la multitud que dentro de ellos pide cañas, comida ó... cuartos reservados.

Entremos en un ventorrillo; ya estamos en una habitacion. Hay una mesa «de pintado pino» cubierta con un mantel lleno de frescas manchas de mosto. Sobre la mesa, cañeros de brillante laton con sus diez y seis huecos donde entran otras tantas cañas, las cuales contienen dorado vino, diáfana manzanilla.

¡Oh! ¡Quien está aquí!... ¡La Pepilla! Flor y nata de las *bailaoras* de *zandunga*. Y la *calesera*, cantaora de *simisfló*. Y el *Patito*, un menosillo de Coin que se canta *lehnas* malagueñas de primera. Hay tambien algunas personas más, de igual calaña, y media docena de señoritos, amigos mios, que costean la *juerga*.

—¡Esa guitarra, maestro Corrito!

—Ya está templá pa siempre enjamás amen.

—Ea, vengan las *lijitimas* de Málaga. ¡Olé!

Las cuerdas del instrumento empiezan á vibrar produciendo un torrente de harmonia flamenca.

—¡Qué farseta de repetundi echa el tocaor!

—Olé.

—Eso, eso.

Se oye un siseo. Es que el *Patito* ha comenzado el ay pianísimo, preliminar de la copla.

—¡Aaaaayyyy!....

El *Patito* escupe después del ay. Con el dorso de la mano se limpia la boca; introduce el índice entre la nuez y la tirilla de la camisa, como para esanchar el cuello. Luego levanta la cabeza y eleva también la mirada al techo, cantando mientras se pone colorado como un tomate, por el esfuerzo:

«¿Ces que no tengo arma
por que te ejo sufri;
recuerda que sierto dia
en un beso te la di.»

—Óle, óle, óle.

—¡Gracioso!

—¡Zumalacatruqui!

—¡Garboso, garboso!...

—¡Oleeeee!...

—¡Viva tu mare!

Enseguida, y como para que no le pillen la vez, una mocita que está sentada cerca del tocador, sale cantando:

«Yo escreví en un papelillo
toas tus jarciones güenas,
y para escrebir las malas
no hayé paper en la tienda»

—¡Viva quien la quiere!

—¡Dios te de jabla!....

—¡Uy qué jermosa!

La algarazara sube de punto, pero baja al cabo por que el tocador ha dejado las manos quietas, y la guitarra no se oye.

El líquido de las cañas se agota. Uno de los anfitriones dá fuertes palmadas.

Un muchacho bajito y rechoncho, con los ojos picarescos, y una gorra de seda negra cubriendole el cabello, se presenta en el dintel de la puerta.

—¿Qué mandan ustedes?

—Seis botellas mas, y unas sardinas.

—¿En espetones?

—¡Claro!

—Anda, maüso.

—Corre, corre.

El chico desaparece.

La Pepilla, dice golpeandose los piés:

—Ya tengo yo estos endormios. Currito; échame el resto.

Comienzan de nuevo las vibraciones siguiendo un compás agitado, que marcan perfectamente las palmas incesantes, de los flamencos.

La mesa es retirada algo más. La Pepa arrebató el sombrero de raja que descansaba sobre los tufos del *Patito*, y colócaselo graciosamente sobre el peinado, imprimiendo con los dedos en el ala delantera una breve inclinación.

Enseguida se levanta bailando y llega á compas hasta el centro de la estancia; allí hace con el cuerpo voluptuosos vaivenes, moviendo cuanto puede el polison. Lleva los brazos levantados, pero los baja hasta el abdomen; sube de nuevo la mano derecha hasta colocarla sobre la frente y fingir que hace tirabuzones con el aire; coloca ambas manos sobre las caderas y repite los movimientos en que demuestra la extraordinaria flexibilidad de su cuerpo; en tanto los pies repiquetean con precision suma, y al cabo del baile dá una complicada vertiginosa vuelta, arrojando el sombrero con gracia lejos de sí.

Patito recoge al punto su chapeo. Los demás hacen ruidosas manifestaciones de agrado.

Abajo, en la playa, ocurre *tres cuartos* de lo propio. La guitarra es el héroe de la fiesta; su vasallo fiel la alegría. El plato favorito los *espetones*.

Un trozo de caña, con media vara de longitud, aligazada por la navaja cortante y afilada en un extremo, traspasa á las brillantes sardinas acabaditas de salir en

el copo. El tal asador entra por la mitad del cuerpo del pescado; espetada una sardina, otra y otra y otra y varias más entran en el mismo palillo; entonces la extremidad inferior, la que no tiene punta, es introducida en la tierra, junto á la hoguera y en situacion diagonal, de modo que el pescado se encuentre próximo á las áscuas. La sardina cruge y se revuelve, destila una sabrosa pringue, va vistiendo sus escamas de plata con manchas oscuras y... poco después recrea el paladar.

¡Pobre sardina! Ella es el objetivo principal, en los alegres dias, en las fiestas irreemplazables de la famosa caleta malagueña.

EL PESCADOR.

¡Por allí va! ¡Por allí!

Mírenle Vds., parece una balanza andando.

Como que lleva puestos los brazos en jarras, y pendientes de ambos codos un par de cenachos en la siguiente forma: son los cenachos redondos y van suspendidos por una soga, cuyos dos picos están atados á aquellos; de modo que el pescador, al llevar colgados de los brazos los dos cenachos parece, como se ha dicho ya, un peso.

Se necesita fuerza para trasportar durante muchas horas el peso de la mercancía en la forma descrita. Pero el *pescador* es un Hércules de primera fuerza.

Vamos á ver el tipo de este clásico vendedor:

La cara, tostada; los ojos vivos, como los boquerosnes que vende; la estatura regular; señas particulares: mucho desenfado.

Su traje característico es este: unos alpargates que huelen á mariscos; el pantalon de mallorquin, que al comprarse era azul-celeste, pero que á fuerza de lavados, escamas y remiendos es un... mapa-mudi. En la

cintura lleva una faja negra reliada al cuerpo á la *negligé*; de modo que como resulta algo floja deja ver una esportilla llena de cuartos, productos de la venta.

¿Porfían ustedes que no son cuartos? ¿Aseguran que es plata?

Les diré: de contar y recontar las monedas, las escamas del pescado, que plateaban las manos del *pescador*, han puesto á los *perros* con el matiz de las *pesetas*.

Es la camisa de este tipo, de humilde coco. Lleva la pechera desabrochada y... se vé que es un hombre de *pelo en pecho*.

Lleva tambien un chalequillo oscuro, sin abotonar; la espalda de esta prenda está formada de tartan con cuadros enormes rojos y negros, á guisa de tablero de damas.

Cubre su cabeza un sombrero mal traído, es decir con color de ala de mosca, con el casco hundido por algunos sitios, y las alas algo caídas por delante.

Excuso decir á Vds., que las mangas del camison, aparecen remangadas hasta la mitad del brazo, luciendo desnudas aquellas enormes muñecas que terminan en dos manoplas, cuyos dedazos abrazan las caderas, para ir en la postura gráfica.

Levantando un poco la cabeza y torciendo algo el *hocico*, canta con voz estentórea, pero nó causa de pasmo ni risa:

—A chó cuartos los gordos oquerones.

Cuya voz, traducida, quiere decir que vende boquerones á ocho cuartos.

Muchas veces halaga este precio los oídos, y algunas mugeres llaman al pescador; este deja los cenachos sobre el escalon de la casa, echando los cordeles hacia fuera. Baja la doméstica, y algunas veces la señora, que permanece á una conveniente distancia.

Pero los ojos del vendedor relampaguean, hasta cierto punto, si vé que la criada baja en la mano un peso.

—¿Los vasté á pesá?—pregunta algo amostazadillo.

—Si señor.

—Pus, misté. Puñao de boquerone que yo jeché por una libra, péselosté aluego en donde le é la gana. Yo no robo á naide; á mi no me priva mas que.... la bebia.

—Pues yo no se los tomo á V. si no los peso;—dice la fámula.

—Sin pesarlos, no; sin pesarlos no;—clama la señora.

—Zeñorita—dice el pescador—á mí lo mismo se me dá. Venga el platiyo.

La criada acerca al cenacho el peso. El pescador oculta ambas manos en el lecho de brillantes boquerones.

—¡Qué jermosísimo son—dice el charrán.

—¡Sí, los de encima, añade picaresca la sirvienta.

—¿Qué ice osté, criatura? Si son tós parejos. Yo no jecho los de arriba más gordo y los de abajo chico. No me gusta jacer *caras* con mi género.

—¿Pues entonces por qué los saca V. de debajo?—pregunta la señorita, que se aproxima algo.

—¡Por Dios, Zeñora!—dice con aparente tristeza el pescador.

¡Si son hermanitos! ¡Y qué blancos estan! ¡Si están sartando!

Una vez pesada la libra de pescado, la criada dice:—Eche V. algunos más, no *ceasté* miserable.

El pescador se las dá de rumboso y ahuecando la mano la lleva al canasto, de donde toma.... dos boquerones, aunque con la postura de la mano sabe hacer creer que coge un gran puñado, y con rapidéz echa el regalo en el peso.

Pero... ¡aquí fué Troya! La sirvienta dá un real al pescador, pidiéndole que le devuelva un céntimo.

—¿Un céntimo? ¡Ay qué gracia! Yo no regalo los boquerones.—Aquí faltan cinco ochavos.

—¿Como? ¿Qué?

—¿Es osté zorda mairina? ¿No ha oíosté deci á dié cuartos?

—A ocho dijosté.

—¡Vaya por la gloria é mis hijos!

—A ocho, á ocho.

—Zeñorita de... mi arma; ¡je á dié. ¡O á no sé que me pillara en una hora esgraciá!...

—A ocho, le repito á V.—dice la señorita.

—¡Pero nó sería con peso!

—Ya; eso es lo que ha motivado la variacion.

—¿A ocho cuartos la *arroba* de boquerones?

—Oiga V.; mi pesa no tiene más que una libra cabal.

—Jechosté, jechosté, los boquerones en el cenacho, que yo nó los regaló.

La criada, vácia el platillo del peso donde indicó el tunante.

—¡Vaya que quieren ustés chuparse la sangre é los probes! ¡La zeñorita de...

—¡Insolente!—grita la aludida, subiendo las escaleras.

—¡Vaya una Zeñorita!

—Se exponen Vds. á que salgan y les... abofeteen.

Esta última palabra, la dice ya la compradora, cuando está cerca de la puerta de su piso.

El *pescador*, mete los brazos por entre las sogas, vá irguiendose poco á poco, mira desdeñosamente hacia la escalera y grita lleno de ironía:

—Comasté.... ¡aqueilo!

Desaparece por el final de la calle contoneándose y pregonando:

—Boquerones á *dies* cuartos, apuraitos y blancos. A dies, á dies.

Apenas dobla la esquina, dice:

—A ocho, á ocho.

LA VÍSPERA DE SAN JUAN.

«Quien guarda halla.»

¿Habrá mucha gente que no siga esta máxima al pié de la letra, por lo menos un mes antes de que llegue Junio?

¡Cualquier día tira al carro de la *pulicia* la señá Manuela, un rollo de esteras y felpudos viejos, asilo de inmundas cucarachas!

¡Por cualquier cosa daría ella una silla desvencijada y la tarima de un brasero, echa tres mil pedazos!

Todo eso lo guarda para que los *chaveas* le prendan fuego en la calle, en la vispera del día de San Juan Bautista.

Son innumerables los coleccionadores de chismes y trastos, en los días inmediatos á la gran noche. De modo que al llegar esta, con su imprescindible y grato reinado de luna hermosa y comitiva de estrellas, las calles son infiernos, por las hogueras y la general algazara.

Puede asegurarse que las piras se suceden con un intervalo de siete ú ocho metros (en ciertas calles así ocurre;) por lo cual, si se busca un lugar elevado desde donde contemplar á Málaga, en esa noche, se vé convertida en caldera del celeberrimo Pedro Botero.

Todo el iniciador de una candelada, cifra su entusiasmo y reduce sus aspiraciones, á hacerla lo más considerable posible: así pues, junto á la hoguera de *quiero y no puedo*, se vé cual sube y se agiganta la rica en elementos. El término de las bullidoras llamas, parece un plumero infernal, ondulante y provocativo contra los cielos, á donde parece dirigir sus avances.

Con más habilidad que los más célebres diestros en el arte de saltar con garrocha, hay algunos de nuestros primeros granujas que, tomando vuelo en carrera vertiginosa, cogiendo la vara de un cortinon cerca de la superior extremidad, y la inferior apoyándola en el em-

pedrado salta victorioso, sin temor á chamuzcones, por encima del flamígero penacho, cayendo al otro lado de la hoguera entre vítores, y produciendo emulacion.

A la puerta dela casa, ante la que se convierten en rojos tizones los despojos de inservibles objetos, fór-mase corro de mozuelas y jóvenes del barrio. Alguno toca la guitarra, y alguna canta lo siguiente:

Lo que en el fuego se quema
ya no puede servir más;
mi corazon está ardiendo
y al fin se consumirá.

Mientras la muchacha ha cantado la copla, las flores sujetas en su coco, como estaban prendidas con todo el tallo, hánse estado moviendo á compás.

Con la voz fresca, pero un tantico robusta, contesta un mocito esto:

Si tu corazon se quema,
ajúntalo con el mio,
y se formará una llama
como ninguno habrá visto.

En cierta hora, ya no se vé más que un monte de cenizas humeantes, donde la flama se alzó potente. Sobre esa ceniza se levantará nuevamente la llama, como fenix, en el dia de San Pedro.

La fiesta no concluye. Cada vez toma aliciente mas grande, por que la proximidad de la hora en que ha de verificarse cierta excursion, anima sobre manera á las personas del corro.

¿A donde van?

Yo se lo diré á ustedes: A las doce han de estar junto al pilar de una fuente pública.

Ya se levantan. La algazara crece. Los mocitos se acercan á las muchachas. Cada tórtolo con su tórtola.

Las severas mamás, con el mantoncillo al desgaire, el pañuelo mal atado, como en noche de temperatura calurosa, marchan detrás como guardianes.

Alla vá el numeroso grupo.

Calle abajo, vienen dos jovenes riendo á carcajada

mal contenida. Uno de ellos, con un ademán, hace que otro joven de los que van en el grupo, se le acerque.

—¡Todo está listo!—dice en voz baja y sonriendo maliciosamente.

—¡Choca esos cinco!—le dice el que subía, dando así muestras de aprobación.

Los dos muchachos que venían se incorporan al grupo, apenas terminados los secretos, y siguen en compañía de los demás, riendo más que otros, y lanzando de vez en cuando frases tan picarezcas como llenas de misterio.

—¡Allí está la fuente de la Triniá!—dice una mozuela bajita y con el pelo más negro que el carbon.

La distancia se gana, por que todos deciden agitar sus individuos en una alegre carrera. Las mamás sisean y llaman con imperiosa voz. Pero todo el mundo está sordo para lo desagradable.

¡Por fin se hallan ante la fuente!

Las aguas del ancho pilón se mueven, como en alegre danza. Los chorros de agua cantan un alegre coro, formando las notas graves su choque con la superficie del líquido que llena el pilar.

Las graníticas cabezas de león, por cuyas bocas salen los caños, parece que ensanchan sus fauces para que el agua caiga en mayor cantidad y se aumente el concierto.

Creen las mujeres de los malagueños barrios, que las que introduzcan la cabeza en el agua volverán al año siguiente casadas.

Todas tienen deseos de inaugurar la serie de baños, pero ninguna se atreve á hacerlo.

La muchacha del pelo negro rompe filas; se aproxima al continente y mira al contenido.

—¡Anda, anda!—dicen las demás.

Los mozuelos que encontraron al grupo cuando subía, rien con disonante carcajada y se tocan con el codo repetidamente.

—¡A la una, á las dos, y á las tres!—Así dice la valiente muchacha, y añade:

•Por San Pedro y por San Juan,
que el año que viene
yo venga *casá*.»

Sumerge luego con prontitud la cabeza.

Los jóvenes de la carcajada aumentan su mal disimulada risa.

¡Habían echado *humo de pez* en en el agua! Como este polvo no se apaga fácilmente en dicho líquido, la joven que ha dado ejemplo sale tiznada.

LA FAENERA.

—¡Qué graciosa es V., comare!—le dice un tipo al verla pasar crugiendo la almidonada falda.

—¡Ole por lo bonito y por lo gallardo!

—Me iba con osté... á *la fin* del mundo.

Todo esto y más oye la faenera.

Por allí vá, mirela V., hombre. Cubre su peinado un pañuelo de seda blanco, con anillas rojas formando bonito dibujo. Un manton celeste, recogido sobre los brazos, oculta su talle ondulante. Por debajo de la falda, van marcando los pasos unos pies calzados con botina de charol y caña de tela negra, sobre la cual brillan unos pequeños botones de nácar.

—Esos botoncitos van *parriba*; le dice uno al verla pasar.

¡Quien fuera boton!

La frase le ha hecho gracia á nuestra protagonista, y quiere conceder al atrevido los honores de la contestacion diciéndole:

—¡Qué guasa! Pus sepa osté que los botones se hacen de cuernos.

Va la faenera deprisa, y eso que es muy temprano. Se dirige á la faena de limones. ¡Miradla, ya llega!

—Ola Antonia, le dice el viejo encargado.

—Dios se los dé asté mu buenos.

—Gracias, muger, ¡Y qué guapa vienes!

El encargado empieza á toser con fuerza; de cuando en cuando contiénese para exclamar:

—¡Picara tos!

—San Blas bendito, dice riendo la faenera; ¡que se ahoga este animalito!

—Eres el demonio, Antoñita. Vamos anda.

—Venga el papel.

Mientras le traen los mil trozos de papel de seda, habla con sus compañeras.

Ante las trabajadoras se vén colosales montes de naranja y limon, que tienen que envolver uno á uno.

Siéntase la faenera: á la derecha tiene el cajon donde ha de depositar el fruto ya vestido; á la izquierda tiene la espuerta colmada de limones desndos.

Saca rápidamente un limon mientras coge un trozo de papel del monton que tiene en la falda; chocan sus manos, é instantáneamente queda el fruto envuelto.

El hijo del dueño de la faena, es un gomoso *comme il faut* que se dedica á proteger á Antonia.

Con efecto, baja al almacen innumerables veces, y se aproxima á nuestra faenera.

—Antoñita, qué trabajadora estás.

—Ha visto usted?

—Y guapa.

—¿De veras?

Las compañeras de trabajo guiñan á la Antonia. Esta hace un gesto cerrando momentáneamente los ojos y haciendo un pequeño vaiven con la cabeza, como quien dice: «déjádmelo á mí.»

—Muchacha, estarás rendida. Yo no se como puedes estar inclinada tanto tiempo. ¿No te duele la espalda?

¡Já já já!... ¿Soy yo acaso de merengue?

—No, muger; qué gracia te ha dado Dios. En fin, continúa.

Como no puede decir todo lo que quiere se retira y aproximándose al encargado le dice en voz baja.

—Pedro; á la Antonia no le diga V. nada si descansa mucho. Me interesa la pobre.

—¡Ejem, ejem!—contesta tosiendo el encargado. Se hará.

—¡Maldita tos!

—Vuelvo; dice el señorito, y desaparece.

Apenas se vá, la Antonia que es el mismo Barrabás y que es una salina andando, dice:

—¡Chiquillas, vaya una proporción! ¡Ja ja!

Las amigas oyen y trabajan. Antonia deja su tarea para murmurar libremente.

¡Qué cuello, señores; si tiene una cuarta. Y luego ¡qué pantalon; si parece la funda de una sombrilla! ¡Y qué zapatones!

—Muger; dice una dejando tambien la faena. No seas desagraecia. ¡Despues que está por tí!..

El encargado que se halla cerca de la puerta, no oye de lo que tratan, pero ve que una faenera, que no es la Antonia, ha dejado de trabajar y se acerca regañando.

—Mira, Victoria, meneas las manos hija, que la lengua no tiene ná que ver con lo demás. ¡Ejem! ¡ejem! ¡Tos del diablo!

—Que te lleven—dice á media voz Victoria.

Otra faenera:

—Oiga usted, señó Pedro ¿y la Antonia es hija de rey? Como que soy princesa.

—Cállate y trabaja. La Antonia no falta á su deber.

—Mañana me voy á poner los ricitos á la cara, dice otra, á ver si le gusto al amo.

—Oye, oye, exclama azufrada la Antonia. A mí no me vengas tú con guasas.

El hijo del dueño regresa.

La tranquilidad se restablece.

El señorito, se pone cerca de la Antonia y permanece un rato junto á ella. Por último, el enamorado caballero, mirando á la reja que hay detras de la Antonia dice:

— Me voy á sentar aquí, por que entra un fresco delicioso. Pedro, traigame V. una silla.

Pedro tose que es un horror y proporciona el asiento al gomo. Este empieza á decir cositas, particularizandose con Antonia. La pobre se pone de muy mal humor, y tira los limones con fuerza á medida que los vá envolviendo.

Apénas responde Antonia.

De repente se oye un silbido agudo detrás de la reja.

Antonia se levanta rápidamente, encendida como una nube de viento.

Sin pedir permiso, dejando caer su silla, atropelladamente, se asoma á la ventana. Es que su novio pasaba por delante del almacén y ella que le adora por lo terne y sandunguero, lo arrostra todo por verle.

El señorito se levanta rojo de ira, apenas se dá cuenta de lo ocurrido.

— ¡Esto es un abuso! — Dirigese al encargado y dice: ¡Vd. tiene la culpa!

Pedro tose más que nunca.

— Despida V. á esa faenera.

Sale el pollo rugiendo de ira. Las faeneras sienten una explosión de risa.

Antonia vuelve la cara, y lo comprende todo.

Pedro le dice.

— ¡Ejem! Has de saber, Antonia, que... yo lo siento, pero tu *conduta*....

— Ya lo sé. Págueme V., que me voy.

— Bien dicho; añade una trabajadora.

— ¡Vivan las faeneras con vergüenza! dice otra levantandose de la silla y proponiendo huelga.

EL COPO.

Hermosa playa, donde ya luce la miserable cabaña del pescador, ó el techado de cañas y juncias que el ar-

mador pobre hiciera á sus barcas para guardarlas de los rayos del astro-emperador, es el sitio donde las escenas que á referir voy acontecen.

El mar agítase tranquilamente; los espumosos en-cages de sus olas vienen á ornamentar la playa y tal vez á besar las plantas desnudas de la sencilla hija del pescador, que descuidadamente baña sus pies, porque mientras mas se aproxima á las olas mas facilidades espera de distinguir la lancha donde su padre va.

Y con efecto, allá en lejanos límites, próximo á una cinta mas azul que el resto del Mediterráneo, de una faja que se extiende horizontal sin visible término, distínguese un punto negro, breve, pero con apariencias de barca armada de velamen blanco, como las gaviotas que fueron y tornan, que ascienden y bajan, tomando por lecho las muelles ondas del líquido elemento.

Por fin vuelve la frágil embarcacion, que fue para extender las redes en las aguas, trayendo á tierra los cabos de donde han de tirar los curtidos hombres del copo.

Dos son las cuerdas que en tierra se ven; ambas surgen de las aguas.

A cada banda acuden muchos pescadores, para tirar y hacer que, cuanto antes, la red entre en la arena.

Los hombres, descalzos, con el calzon remangado hasta la rodilla, en chaleco, con faja gorra ó sombrerillo redondo y burdo camison, enlazan la *tralla* al cabo.

Es la tralla un trozo de corcho, cortado en circunferencia, por medio del cual pasa un pedazo de cuerda anudado por su extremidad inferior, para que sostenga al corcho. La punta de la soga forma un enorme ojal, donde el *jabegote* (que así se llama el que tira) introduce la ruda diestra.

Uno detrás de otro, los pescadores van *jaland*o de la *beta*, á medida que hunden en la arena los pies, merced á los esfuerzos. Cuando llegan al término donde un muchacho de cabellos negros y blondos recoge la cuerda, formandola rollos, los jabegotes corren y llegando

cerca de las olas, arrojan la tralla con fuerza contra la cuerda que sale del agua, logrando así que el corcho se abraza á la beta. Tiran de la tralla y así van sacando cuerda y cuerda.

Por fin aparecen las *lecas*. Son estas, pellejos de cabras, henchidos de aire y adheridos á las cuerdas del copo; de modo que por su especial disposicion, vienen flotando sobre las aguas. Muchas han de aparecer antes que la red se aproxime á la orilla.

Mas... ¡al cabo se dibuja sobre las tranquilas ondas, un semi-circulo de corchos que sobre la superficie fluctuan!

El empuje del *jabegote* aumenta; sus voces animan á los deinas. ¡Como transforma al hombre la esperanza!

—Lleno viene, lleno viene; gritan mientras emplean todo el poder de su brazo.

Ya la gente, que esparcida por los alrededores vagaba, ora descansando sobre el suelo, ya marcando con la extremidad de un palo la palabra *felicidad*, que por ser grabada en la arena borrarase al llegar las olas, como la realidad borra las ilusiones, la gente—decia—agrupase próxima al sitio donde han de llegar las redes, cárcel de infortunados y movibles pececillos.

Unos muchachos, desmonterados y sin calzar, con un cenacho pequeño de las muñecas prendido, aguardan allí la salida del copo, para reunir los pescadillos que, merced á su desesperada lucha, á su extraordinaria agitacion, logran escapar de las mallas.

Aumenta la animacion, el copo se acerca.

—¡Viva! ¡viva!

Entra la red en la arena, formando surco en el suelo. Grande es la algazara y la bulla. Los pescadores bendicen á Dios y á Maria Santísima. Las redes aparecen hinchadas.

El mar se mueve sereno. Parece autor de leve prolongada sonrisa, con que los poderosos miran el placer, que su proteccion causa á los pequeños favorecidos.

En grandes canastas se arroja la pesca. ¡Día feliz, cuando el copo, henchido de pescados proporciona medios de subsistencia a tanto honrado vástago de las playas! Triste la hora en que las redes llegan enjutas, sin pesca!

Agradable, por todo extremo, es el cuadro que tan mal reproducido presento.

Aquí, tal vez no se noten diferencias. Pero si el natural admiráis no sabréis qué es mas encantador: si ver reunidos montones de plata que como tesoros del mar salen de las ondas azules, si mirar el vaporoso alegre celaje, ó si parar mientes en la encantadora alegría de los sencillos pescadores.

MENA PURA.

De algunos años á esta parte, Job lector, ha enriquecido Málaga su museo de tipos, con uno tal y tan tipo, que ya por distinguirlo de otros, podreis llamarlo *tipazo*, si bien os parece.

Es joven, y lo mismo puede haber nacido en los célebres barrios del Perchel ó de la Trinidad, como en los de la Victoria, Capuchinos ó la Goleta.

El traje característico, nos hace distinguir al *meno-so* de los demas hombres, y para que le conozcaís (si ya no habeis tenido ese gusto) debo presentároslo minuciosamente descrito:

Indispensables de todo punto, en ente de esta condicion, son los tufos; vicio del cabello sobre las sienes, hacia delante.

Despues de esa circunstancia *sine qua non*, viene el sombrerito redondo, colocado con especial amaneramiento, ya hacia atras, á lo charran, *alante* á lo tunante ó al *lao* á lo *enamorado*. Luego completa el cuadro general de detalles la cazadora un tanto corta, el pantalon ajustado por arriba, pero resuelto abajo por gran cam-

pana, por la cual se asoma á modo de badajo el pié, calzado con una afeminada botita de charol, con caña de tela azul ó otra cursilería por el estilo.

Esto, en cuanto á lo visible; pues respecto á lo que guarda, cuéntese con un revolver y quizás también con su correspondiente faquita; que un hombre prevenido, por dos vale.

La misión del *menoso* no es otra que la de imaginar constante, en laboriosos giros de la mente, la mejor manera de armar camorra, aunque le rompan una costilla. Es valiente, eso sí, por que tiene en sus venas sangre de malagueño, donde abunda en la savia del musulmán.

Para que tengais ocasión de conocerle á fondo, vamos á fingir un hecho donde tome parte; y entiéndase que no todos los detalles serán creados por nuestra fantasía, sino que los principales datos fueron apuntados ante cuadros reales, cuya exhibición hubo de efectuarse en las salas de la Audiencia malagueña.

Antonio y José, que han sido camaradas durante muchos años, mal infundidos por otros, se indisputen y al pasar cerca ni se dan los buenos días.

Así viven sin que á ninguno le importe el desprecio con que le mira el otro. Pero llega un día de fiesta, José toma una borrachera, y el alcohol enciende en su cerebro una luz por cuyo auxilio ve Pepe en un instante cómo se graban en el muro las ofensas todas de que se cree víctima por parte de Antonio.

Entonces, sin más ni más, determina buscar á su deudor, para que le abone.

Y... ¡allí va tambaleándose!

Hay en el barrio un portal donde un zapatero, adjunto eternamente á su mesita, remienda, echa medias suelas y palas y si viene á pié sabe hacer botinas nuevas.

Al rededor de la mesa, tranquila, (*raga-apis*) gozando en ver las operaciones del remendón, hallanse cuatro menosos que parecen allí sentados por consejo de Luzbel.

José, el beodo, sabe que la casa del zapatero Lucas, es la parada de sus amigos y de su enemigo Antonio; de modo que allí dirige sus pasos vacilantes.

Llega á la puerta del maestro de obra prima, y saluda de esta manera:

—El que sea mi enemigo que salga á la calle; por que yo soy mas hombre que tos los hombres del mundo, y yo tengo vergüenza lo que no tienen algunos.

Antonio se pone rojo de ira, pero en gracia al estado de José permanece callado.

Uno de los concurrentes, se levanta del asiento, y llegando á la puerta dice á José.

—Mira, Pepillo, vente conmigo, que te voy álle var á tu casa, que no es cosa de que haya una savoricion, hombre.

—Pos.. ¡quien sea hombre, que salga!

—Bueno, pues anda que te voy á llevá á tu casa!

—No; déjame; hoy tengo yo que matá á uno!

—¡A uno?

—U á dos!

—Vamos, vete y no seas pamplina!

Dentro, murmura Antonio:

—Ese se la quiere buscá, y á mi tambien vá á buscarme una ruina!

—Muchachos, dice el zapatero lleno de temor, mucho cuidado no vayais á perderme! Antonio, escóndete debajo de mi cama, á ver si no viendote....

—¡Esconderme yo? ¡Maldita sea jasta la mare!...

—Pos lo que yo digo es que quien se precie de hombre con vergüenza, que salga.

Ese cochino de Antonio, que es un lelo....

—¡No sé como me contengo!

—Ese.... (bajará la voz por no herir castos oídos)

Por fin se levanta Antonio, que no puede permanecer indiferente á tanta alusion.

—Miosté, Pepe ¡Estó es una pamplina, y reunir gente pa ná! Yo cuando tengo que buscá á un hombre pa pedirle saitisfaciones, no me privo! Así que esté osté fresco, búsqueme y me encontrará!

—Ese, es un cobarde; quiere perder la ocasion. Yo estoy fresco, mui fresco, má fresco que osté, so tio, cobarde, morral que es usté la *esorra* del barrio!

—¡No sé como me contengo!

—Vaya, dicen los demás!

Aquí no ha pasao ná!

—¡Andavérsé niños!—exclama otro dirigiéndose al grupo de curiosos!

José, introduce una mano en el bolsillo y saca el arma de fuego!

A Antonio se le ajuma el pescado, y desenvaina la faca...

En ese momento aparece otro *menoso*, primo del José, y echandosela de gallo, cacarea lo siguiente:

—Hombre, ¿un hombre fresco se vá á poné con otro que no está en su juicio sano y cabal? ¡Será un valiente!

—Oigasté, so granuja; dice Antonio que ya está furioso!

—¿Qué ha dicho osté? Salgasté á la calle, so cobarde, so chutil!

—Si, y le voy á sacá asté las tripas!

El borracho sigue provocando, en tanto sale Antonio con impetu insostenible, y plantandose frente al primo del beodo, empieza á marcarle tajos y pinchazos que el otro esquivo dando brincos, naturales en esa esgrima burda!

Pero al fin, Antonio, más afortunado, dá un navajazo á su contrario, haciendole caer como un cerdo, segun la espresion vulgar aplicada al vencido!

El José, obedeciendo á los impulsos del *amilico*, dispara su revolver, logrando.... atravesarse un muslo.

Antonio se vá. Cuando llegan los agentes de orden público, la puerta del maestro remendon parece un campo de batalla despues de la accion!

Nota: De las muchas personas que han presenciado los hechos, pocas por no decir ningunas, manifiestan haber visto la ocurrencia, cuando se le llama á prestar declaraciones!

El Calvario en Viernes Santo.

A espaldas de la iglesia de la Victoria, se encambraba un monte escarpado en cuya cima distinguense como pequeños objetos tres cruces blancas, cabe la capilla, también de color de nieve, donde en breve torre impera bronceada campana.

Pitas y chumbas, espinos y tomillos, adornan la mole, dándole artístico aspecto, patentizado mejor, por las reproducciones que hicieran pintores de cuyas paletas surgieran mágicamente las entonaciones diversas de aquel monte, las claridades de las cruces (que como breves detalles se ven colocadas de trecho en trecho sobre la alta roca, y los tonos verdosos con todas sus manchas y medias-luces característicos de las chumberas y de las abundantes pitas.

El camino recto, la verdadera ruta para llegar a dicho monte, que se llama el Calvario, no es otro que la calle de la Amargura, la cual arrancando frente a la Iglesita de S. Lázaro, conduce al pie de la montaña, presentando ya a los ojos los primeros marmóreos símbolos de la redención del hombre.

Es un Viernes Santo: las hermandades de la Via-crucis, formadas entre las clases pobres del barrio, se disponen a visitar las cruces, haciendo oración procesionalmente.

Mucha es la gente que llenará los alrededores del Calvario; la romería no puede ser mas agradable, pues en ella se ven confundidas personas de todas las clases sociales, y aunque el hecho que se conmemora debiera servir de aflicción a los creyentes, la amenidad del sitio, el vistoso conjunto de los curiosos y la algarabía indispensable, destierran del ánimo lugubres ideas, predisponiendo el alma al goce.

El tío José, es un viejo muy conocido y apreciado en el barrio. Ha dado este personaje constantes muestras

de virtud, emborrachándose tan solo una vez cada semana. Él organiza la ceremonia, y él es por tanto el más digno de llevar la cruz, ya que tan bien sabe resistirla; pues cuentan que desde que se casó (hace muchos años) la cruz de su matrimonio no ha logrado rendirle, á pesar de las 8 arrobas que pesa la conyuge.

Por tanto, echa sobre sus hombros un paño morado, de damasco, orlado con un galon de oro, cuyo ornamento se halla más que en la ancianidad; introduce el correon por encima de su cabeza, y llévalo á modo de dogal; y levantando con estudiada parsimonia, propia de justos segun su saber, un pesado crucifijo, colócase en medio de otros dos hijos del pueblo.

Estos llevan montados sobre dos palos un farol cada uno; encendido, si no entra viento por las rupturas del artefacto.

En tal disposicion, y reuniendo en torno al fervoroso pueblo, empiezan su via-sacra, desde la iglesia de S. Lázaro, subiendo por la calle de la Amargura.

Aguardar, en las alturas de la calle, multitud de pollos gomosos, pisa-verdes ó como de otro cualquier mote se quiera, dispuestos á armar la guasa—que aquí se dice—con la comitiva y en particular con sus directores.

La nota cónica tiene que predominar forzosamente, pues ya se sabe que de lo sublime á lo ridículo hay solo un paso, y este es el que saben andar, los encargados de organizar esta manifestacion religiosa del pueblo.

Muchas señoritas, que por lo regular van donde ellos—pueblan tambien los sitios inmediatos, atrayendo á los pollos con sus miradas intensas ó con sus sonrisas.

Pero si les preguntáis á estas niñas á qué han ido, responderán bajando los ojos:

—A cumplir una promesa que hice de subir al calvario descalza.

—¡Ya!—dirá un pollo por lo bajo. ¡Ofrecia sacrificios por que le saliera un novio!

Primera estacion.—El tio José, siempre con la cruz enhiesta, exclama, dando á su voz un tono de cómica solemnidad.

—«Aquí le dieron al Señor siete mil setecientas setenta gofetás.» Rezan un *diez* de los del rosario, y sigue la comitiva á paso lento.

Las mugeres, con el manton sobre la cabeza, van rezando en voz baja oraciones, mientras que otras lloran á rios al considerar los hechos que se conmemoran.

Al terminar la décima cuarta estacion, que es la última del piadoso ejercicio, la procesion ha llegado á la cumbre del monte, donde la gente no cabe.

El tio José penetra en la ermita, y la gente se atropella por seguirle.

Una vez en el pequeño recinto, el tio José ocupa la cátedra de S. Pedro y arenga á los fieles con esta ó parecida relacion!

—«La pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo es igual tos los años. Lo mesmito le limpió la cara la Verónica el año pasao que este. ¡Considerá las divinas gofetitas que le dieron! Pensá lo que pasaria su madre cuando lo vió sali por una calle chorreando sangre....»

El sentimiento del auditorio no tiene límites; el llanto mana ya, como desbordado torrente de sentimentalismo.

Mientras, en las afueras de la iglesia el bullicio degenera en desorden, y los mas se burlan de los menos como ocurre generalmente.

El pollo verdaderamente *gracioso* y con humos de rey en atrevimiento, junto á las mugeres que suben rezando se coloca; y hace tambien como que es esclavo de la piedad, llegando á arrodillarse ante las cruces, imitando á las viejas, quienes apenas concluidos sus padrenuestros colocan en el pedestal de cada cruz una piedra, tributo de antigua prescripcion.

Fulanita, la que iba á subir descalza, por penitencia, engolfada en conversacion con un joven, no se acuerda ya de cumplir su propósito místico. Tiene la creencia de que basta con la intencion, y más se afirma en ella cuando vé que el cielo apreciando sus ofrecimientos le le ha deparado pollo.

Pero... yo pregunto: ¿la autoridad eclesiástica no se ha ocupado de esta costumbre? En ese caso ¿la encuentra perjudicial á los intereses morales, ó antes bien la juzga conveniente como medio de conservacion de la fé popular?

Comprometida es la respuesta, pero yo tengo para mí, que apesar de las risas de las personas sensatas que, aun conteniendose, no pueden menos de rendir su correspondiente tributo á las escenas ridículas; aun á trueque de la ocasion que á los libertinos se ofrece para dar extensa cuenta de sus innumerables habilidades, la costumbre hija del pueblo que consiste en manifestar pesadumbre por el sacrificio de Dios humanado, la práctica del ejercicio de la via-crucis, en la forma descrita, no constituyen de ningún modo atentado á la religion de Cristo, pues esta quiere precisamente que cada uno la adore de la manera que mejor le diéte su idea, no ajustandose á ciertas formas que siempre resultan de teatro; en la seguridad de que una oracion mal expresada, pero bien sentida alcanza mayor elevacion que la que se produce con palabra correcta, pero con plena distraccion de la mente y poco interés del corazon.

Lo que así está llamado á desaparecer es el recitado de peroraciones de mal gusto, improvisadas por los rudos organizadores de esas ceremonias, tan encantadoras por su intencion como producto de risas por los sensibles detalles cómicos con que se manifiestan.

UN TIPO CÉLEBRE

En un viage que ha tiempo realicé, tuve ocasion de aprender la popularidad que goza fuera de aquí un

ente de cuyas noticias no quiero privar á los que visiten á Málaga, ya que para los malagueños las noticias serian frescas: el erail. comitit. orieoioq. su tilamio. y el Tratado de un poeta-veterinario, *dramalungo* (¡!) y pintor (¡?)

—Ese es Pascual y Torres—dirá quien esto lea.

Pues si señor, el mismo D. José, con su especial configuración, su bigote ladeado y ya blanco, sus trajes llenos de pringue, su voz confusa, y sus sombreros llenos de hendiduras.

Es un genio Pascual. El mismo lo reconoce y no tiene inconveniente en hacerlo así constar.

En Madrid! ¡Oh, en Madrid es apreciadísimo! Cuando él iba tomaba café con Lopez de Ayala y Echegaray sus compañeros!

¡Qué dramas los suyos! Habrá quien desconozca *A la Mar*, *Deuda de gratitud* y otras sandeces, digo obras?

¡Pues y sus zarzuelas *Indis la Trianera*, *Hernán Cortés* y *La Fontarina*?

O la obra belica (como el autor la nombra) *La Batalla del Puente de Acelea*, donde dicen que hay esta ó parecida acotación entrarán en el escenario multitud de caballos, etc.; si el escenario es chico, que se agrande.

Peró... oigan Vds. al poem. y prepárense á reir:

Ante la fuente de la plaza de la Constitución.

Oh, tu fuente construida para el embellecimiento

de mi ciudad querida

y que ha sido erigida

y costeada por el Ayuntamiento.

Fuente ferrea y monumental

que se destaca en la plaza de la Constitución

espanta por su belleza

y grandiosidad.

¡Cuando el agua desprendida

murmurando en dulce acento

caiga de ti y esparcida

y por el viento impelida
ó impelida por el viento
en su grato murmurar,
oír al pueblo palmotear
de alegría y de contento!
Mas los empleados
se acuestan sin cenar
y no pueden jorgear
por no tener un pimiento.»

¡Perdónenme Vds., lectores de mi alma, la transcripción, que yo no lo volveré á hacer!

Hubo en Málaga quien, dando muestras de práctico organizó una función teatral con el drama *¡A la Mar!* al pié de cuyo manuscrito puso el inmortal Narciso Serra, censor de obras teatrales por aquel entonces, la siguiente nota:

«Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representación se autorice, siempre que haya artistas dispuestos á ponerla en escena.»

La función teatral preparada con el drama de Pascual y Torres, produjo un éxito asombroso al empresario.

El autor fué obsequiado en esa noche con innumerables coronas... de ajos, alfalfa y otras cosas.

Pero Pascual veía en todo las manifestaciones de entusiasmo de un público que le idolatra.

—En su locura,—decía—no sabiendo ya que arrojar á la escena, me echan esas coronas formadas con lo primero que pillan á mano.

¡Vamos; Pascual creía que el teatro era una plaza de abastos!

Publicó Pascual una carta dirigida á él mismo y firmada con el pseudónimo de Rafael Gutierrez.

Hagamos memoria de algunos párrafos:

«Total, en su tierra uno no es profeta, en cambio sé que en Cádiz recibiste una ovación unánime y general, te obsequiaron con una serenata, te hicieron muchos regalos, te pagaron la fonda y el tren de regreso.»

Debemos advertir que en esto existe algo de verdad, pues varios jóvenes de buen humor residentes en la culta ciudad de Cádiz, concibieron el proyecto de mandar por Pascual y, efectivamente, salieron á recibirle con música á la estación.

Otro párrafo de la tal cartita dice así:

—¿Qué recompensa has sacado? ¡Pobre Pascual! Ninguna. El estreno de *A la Mar* produjo más de 500 duros en una sola noche; en Madrid se hubiera dado multitud de veces consecutivas. Aquellos pillos no la dieron más que una vez, se hartaron de oro y abur. El autor se quedó con la ovacion y los aplausos, al extremo; que las señoras saludaban al novel autor con sus limpidos y perfumados pañuelos.

En varias exposiciones pictóricas celebradas en Málaga ha querido presentar cuadros. Uno de estos fué el célebre «Santo Cristo del Chaleco.» Decíase que Pascual había pintado al Crucificado con un chaleco puesto. El artista rebatió siempre esta afirmacion, calificandola de gratuita.

—Me voy á cortar la *coleta*—decia hace algunos meses—por cuanto en Málaga no se puede cultivar la literatura patria. En un café teatro me han perdido el libro de mi zarzuela *Inés la Trianera*, que puede valer á mi juicio, dos ó tres mil duros!

Refiriendose otras veces á la corte, le hemos oido decir con entusiasmo:

—Hay mucha diferencia de aquellos teatros á estos, como de la noche al dia; empresarios dignos y decentes: los nuestros son hambrones, vampiros y explotadores del ingenio humano.

Cuando se estrenó en Málaga el *Gran Galeoto*, dijo irguiéndose á manera de competencia:

—Es regularito el drama de Pepe; (Echegaray) pero le voy á escribir dándole un consejo.



